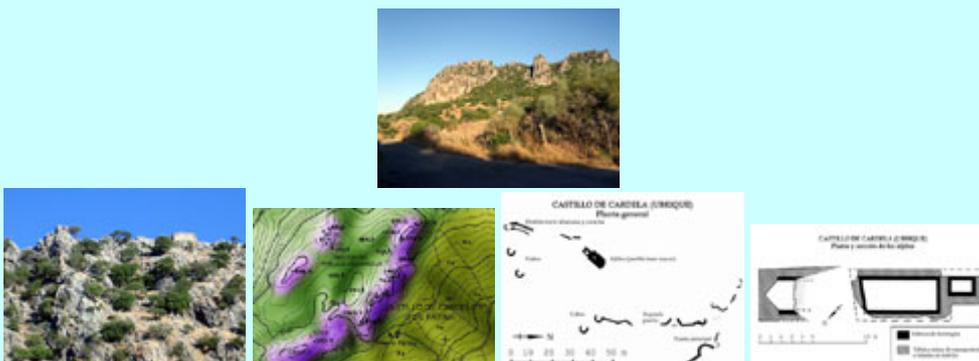




Un hisn de frontera: el castillo de Cardela o Fátima, en Ubrique (Cádiz) ⁽¹⁾

Por Alejandro PÉREZ ORDÓÑEZ
Universidad de Granada
9/3/05



La antigua fortaleza de Cardela, conocida popularmente como Castillo de Fátima, tiene una estratégica situación que le valió sufrir repetidos asedios por tropas castellanas y granadinas, y sus actuales ruinas conforman un interesante yacimiento arqueológico que habla elocuentemente de su intenso pasado.

Esta fortificación se sitúa actualmente en el extremo occidental del término municipal de Ubrique (Cádiz), a unos cuatro kilómetros de su núcleo urbano. Su emplazamiento ya impresiona al verlo en la distancia (2): una roca prominente del sustrato calizo de la zona, cortada con una pared casi vertical, cuyo punto más alto está a 667 metros sobre el nivel del mar. Se trata de un lugar privilegiado desde el punto de vista estratégico. Desde allí se domina un amplio territorio tanto de la zona que estuvo bajo dominio nazarí como del sector de sus enemigos castellanos: todo el valle del río Ubrique hasta su unión con el Majaceite —hoy bajo el embalse de los Hurones— y buena parte de las llanuras del valle del Guadalete en torno a Arcos de la Frontera. Dichos valles eran las vías naturales de penetración de las tropas castellanas. Este castillo se hallaba en contacto visual con otros puntos de vigilancia que pudieron estar situados en Iptuci y en Ocuri, y éstos a su vez conectarían con Aznalmara y Matrera, quedando perfectamente coordinado todo el sistema defensivo de este flanco oeste de la Sierra de Cádiz (3).

No sabemos cuándo pudo ser edificada esta fortificación, pero a falta de excavaciones arqueológicas que nos aporten datos al respecto —dado el silencio de las fuentes hasta prácticamente las luchas en la Guerra de Granada—, cabe la posibilidad de que se tratase de un emplazamiento defensivo preislámico o, al menos, de una temprana época hispanomusulmana. En efecto, la presencia de un gran aljibe con un grueso revestimiento de hormigón lo emparenta con las cisternas de características similares que existen en el yacimiento ibero-romano de Ocuri, a unos cuatro kilómetros. Cardela bien pudo ser un punto fortificado asociado a este antiguo núcleo de población, cuya función principal era la vigilancia de la calzada que pasaba por las cercanías —hay un tramo bien conservado entre Ubrique y Benaocaz (GUERRERO MISA et alii, 2005) —. Además, según testimonios de particulares, en el lugar se han hallado numerosas puntas de flecha prehistóricas, así como alguna notable moneda romana, amén de otros muchos restos que hayan podido ser expoliados, lo cual contribuye a reforzar la teoría de un asentamiento continuado desde la más remota antigüedad hasta el final de la Edad Media. No obstante, la mayor parte de las obras subsistentes en Cardela lo adscriben a las fortalezas medievales del reino nazarí. El hisn Cardeila es

mencionado por algunos autores, sin citar la fuente (4), entre las posesiones del guerrillero Umar ibn Hafsun y también se cita en el Rawd al-Qirtas como Qardala, castillo que, junto con otros, fue entregado por el meriní Abu Yaqub al soberano nazarí Ibn al-Ahmar el 21 de du l-hiyya de 692 (=22 de noviembre de 1293), en agradecimiento por su ayuda contra los castellanos (ROMERO DE TORRES, 1934 (1908-9): 500). En la edición de Beaumier aparece con la grafía errónea Tardela, que Simonet corrige y convierte en Cardela (SIMONET BACA, 1860, p. 131). Hay que esperar a las crónicas castellanicas para encontrar menciones más explícitas a esta fortaleza.

Cardela fue tomada por Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, asistido por su hermano Manuel, en octubre de 1472, en una acción bélica auspiciada por el alcaide de Arcos, Pedro de Verz. Hay quien ha visto en esta intervención un reflejo de las luchas nobiliarias castellanicas del momento entre el marqués de Cádiz y el duque de Medina Sidonia (5), pues así respondería el primero a la toma de Jimena por parte del segundo en 1470. Tras esta conquista, don Rodrigo saqueó la qarya de Garciago, cercana a Ubrique. Cardela volvió a poder musulmán, como he citado más arriba, al año siguiente, pero ésta fue una circunstancia pasajera.

Ya he mencionado cómo la fortaleza de Cardela o, como es conocida popularmente, Castillo de Fátima, se sitúa en un emplazamiento natural que la hace aparentemente inexpugnable. Su flanco sudoriental está perfectamente protegido por una caída de gran verticalidad de un centenar de metros, seguida por un glacis natural de unos cincuenta metros más de desnivel. En total, tenemos más de 150 metros de diferencia entre la máxima altitud de la roca y los terrenos de relieve más suave en su base —donde hoy se sitúa el Caserío de Fátima—. Sobra decir que, al deambular por las partes altas, un resbalón puede resultar fatal —de ahí la dificultad para la visita del lugar—. La parte situada al NE es una aguda crestería en la que se suceden grandes rocas muy erosionadas a modo de ciclópeo almenado natural. A su término, hay un collado por donde hoy se accede al emplazamiento desde Ubrique —donde existe un humedal estacional, conocido como Laguna de Fátima—, y al otro lado de este paso natural se yergue el imponente Cerro del Torero, de 896,5 metros. A media ladera del mismo hay un picacho calizo que bien pudo constituir una pequeña atalaya asociada con el castillo para cerrar el acceso por el collado. Al NO del recinto fortificado se extiende una profunda hondonada seguida de una loma, todo ello constituyendo una pseudomeseta en la parte alta de la montaña. Toda esta porción se halla hoy cubierta de monte alto muy espeso de encinas, acebuches y lentiscos. Entre la espesura aún se mantienen los restos de unos gruesos muros que forman estancias, restos del poblado que, según parece, existió asociado a la fortificación —recuérdese que se conquistó como una de las Siete Villas de la Serranía de Villaluenga—. Se trata de muros formados con grandes piedras calizas, roca muy erosionable por la acción fluvial, lo que provoca que se encuentren muy degradados. Si se ha conservado parte de ellos en pie es por su reutilización como estructuras ganaderas. Finalmente, el flanco SO es el de relieve más suave, con pendientes que descienden hacia el valle del río Ubrique —hoy embalsado en este sector—.

El acceso (6) a pie se realiza hoy alcanzando en primer lugar el collado junto a la laguna. Desde allí se inicia el sendero de subida que conduce hasta los restos del poblado. A partir de aquí, el escaso tránsito hace que la maleza se apodere del camino y hay que servirse de la intuición para acercarse por el mejor camino hasta la roca sobre la que se alzan las ruinas del castillo. Se llega así hasta la fortaleza propiamente dicha por su flanco NO. Todo él es una pared vertical —en la que se aprecian ligeros vestigios de refuerzos de mampostería—, pero en el extremo más septentrional se alzan los restos de lo que fue la única puerta de entrada al recinto. De ella sólo quedan en pie parte de las jambas, en las que aún se detectan los huecos en los que se incrustaban los goznes. La fábrica es de las más sólidas de toda la construcción —lógico al ser el punto más vulnerable—, en sillería bien escuadrada de caliza. Se trata de una puerta de mocheta simple, que es tenido por el tipo más primitivo de las puertas de fortalezas andalusíes —sigo la clasificación planteada por Fernando Valdés (VALDÉS FERNÁNDEZ, 2001)—, y en este detalle me baso para afirmar que la tipología de la fortaleza no es nazarí, sino muy anterior —incluso preislámica, quizá tardorromana—, aunque puede ser un rasgo arcaizante. Desde la puerta se inicia un muro —hoy arrasado hasta el nivel del suelo— donde se traza un hueco a modo de garita para un posible cuerpo de guardia.

El avance hacia el corazón de la fortaleza continúa girando hacia la derecha, no es una puerta

en recodo (baxura), aunque este recorrido quebrado ha llevado a hacer esta definición errónea en trabajos anteriores (7). Se llega así ante otra puerta cuyas jambas son la roca madre, conservándose los arranques de un arco de medio punto, detalle que, de nuevo, invita a pensar en la influencia de la arquitectura tardorromana en las obras defensivas andalusíes del waliato, emirato y califato cordobés. A la derecha, vigilando el tránsito entre ambas portadas, se levanta un fuerte cubo poligonal, el más grande de los dos que hoy aún se elevan. Si se continúa hacia la parte más alta, mirando hacia la izquierda, sobre la fuerte pendiente que desemboca en el precipicio, se aprecia el arranque de dos cubos semicirculares que formarían parte de un muro exterior o antemuro hoy desaparecido. Así, el visitante se hallaría circulando por una barbacana entre dos lienzos de muralla. Al poco se llega a la parte principal de la fortaleza. Los restos que hoy quedan son dos aljibes, uno mayor y otro menor adosado al mismo.

La gran cisterna, con una capacidad estimada de unos 20.000 litros, de planta trapezoidal de 11,5 x 2,5 m aproximadamente, es el elemento más interesante, junto con la puerta ya comentada. Su recubrimiento interno es de hormigón de cal y piedra, formando una gruesa capa. Se cubre con una interesante bóveda apuntada de sillares, elemento constructivo realmente poco común en este tipo de edificaciones, y de carácter fuertemente arcaizante por su simplicidad. Los muros de cierre laterales se realizan con ladrillos colocados a soga. Pese a esta curiosa cubierta abovedada, el acabado exterior de la cisterna es una superficie plana de hormigón. Este detalle y el recubrimiento de grandes sillares bien trabajados por la cara SE hacen sólida la hipótesis, ya defendida por Manuel J. Castro (CASTRO RODRÍGUEZ, 2002), de que esta estructura sirvió de base a una gran torre cuadrangular, claramente la torre del homenaje del castillo, pese a que algunos autores han sostenido que no la tuvo (8). Adosado a dicha cisterna por su lado SO se halla un aljibe de menor tamaño, de planta rectangular de unos 2 x 1 m y sin cubrición. Posiblemente se trató de una pila en la que recoger el agua de la gran cisterna o bien se usó como abrevadero para caballerías.

Siguiendo el desarrollo de la fortaleza hacia el SO, de los aljibes arranca un lienzo de muro bastante bien conservado, en gruesa mampostería con mortero de cal. Este muro se escalona para adaptarse a los desniveles del terreno, y junto con el muro exterior forma un estrecho pasillo o coracha que conduce a la torre sur. Se trata de un torreón bastante aislado, a modo de torre albarrana como defensa adelantada. Su base está sobre una reducida roca ¿debió ser de planta pequeña?, y hoy sólo queda un trozo de muro con un gran agujero que no debe identificarse con la preexistencia de un vano, sino sólo como un derrumbe (9). El acceso a este punto es hoy en día extremadamente peligroso.

Vista la descripción morfológica del yacimiento, podemos comprobar cómo la obra defensiva que en él se detecta es mínima. En efecto, la fortificación principal sería la propia roca, la defensa vendría dada por el propio relieve abrupto del lugar, a lo que se añadirían las intervenciones mínimas indispensables (VALDECANTOS DEMA, 1993: 267). En este sentido, el modelo de fortaleza se aproxima al de una sajra, fortificación de reducidas dimensiones que aprovecha las condiciones naturales del espacio en que se ubica sin apenas alterarlas. No obstante, en nuestro caso, se trata de una edificación de mayor tamaño y complejidad, con lo que se adscribiría a la denominación más general de hisn ¿«fortificación» en general, usado para distinguirlas de los castillos feudales así como de otras estructuras militares andalusíes mayores como los qila (sing. qala, «alcalá»), y los qusur (sing. qasr, «alcázar»)?, aunque con la particularidad antes mencionada. El arcaísmo de sus elementos constructivos invita a aventurar dataciones remotas, pero la perfecta adaptación al relieve quizá sea una característica más propiamente relacionada con el periodo hispanomusulmán y, de hecho, muchos de sus muros podrían pertenecer a esta época y especialmente a la etapa nazarí. La presencia de elementos defensivos más evolucionados, como la coracha y la torre albarrana justifican, con las lógicas reservas, esta hipótesis. El material usado predominantemente es la piedra caliza local, muy erosionable, lo que ha provocado, unido al abandono del lugar por lo inaccesible, el mal estado de conservación en que nos ha llegado. Asimismo, la carencia de trabajos arqueológicos impide que podamos contar con más datos, de momento, sobre este yacimiento declarado Bien de Interés Cultural. Una adecuada campaña de excavación podría sacar a la luz testimonios materiales que nos permitiesen afinar más nuestros razonamientos y completar el exiguo conocimiento que tenemos aún del lugar, dada la escasez de referencias en fuentes históricas y lo breve de sus elementos subsistentes. Cardela, sin duda, nos deparará sorpresas en el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

CASTRO RODRÍGUEZ, Manuel J. (2002): "El castillo de Cardela, fortaleza medieval" en *Ubrique Información*, 184, p. 11.

GUERRERO MISA, Luis Javier; CABELLO IZQUIERDO, Natalia; PÉREZ ORDÓÑEZ, Alejandro; CASTRO RODRÍGUEZ, Manuel J. (2005): *Calzada romano-medieval Ubrique-Benaocaz*. Ubrique, Tréveris, 2005.

PÉREZ ORDÓÑEZ, Alejandro: *Arquitectura y urbanismo islámicos en la frontera occidental del Reino de Granada: la Sierra de Cádiz*. Granada, Universidad (col. Monumenta Regni Granatensis Historica, serie Archeologicae, nº 2) (e.p.).

— (2004): "Cardela, llave de la frontera occidental del reino nazarí de Granada" en *V Congreso Internacional Estudios de Frontera. Funciones de la red castral fronteriza. Homenaje al profesor José Torres Fontes*, (Alcalá la Real, Jaén, 2003), pp. 607-616.

ROMERO DE TORRES, Enrique (1934): *Catálogo monumental de España. Provincia de Cádiz*, 2 vols., Madrid

SIMONET BACA, Francisco Javier (1982): *Descripción del Reino de Granada bajo la dominación de los Naseritas sacada de los autores árabes y seguida del texto inédito de Mohammed Ebn Aljatib*. Madrid, (ed. Facsímil, Madrid 1860).

UBRIQUE, Fray Sebastián de (1945): *Historia de la villa de Ubrique*. Sevilla.

VALDECANTOS DEMA, Rodrigo (1993): "El castillo de Cardela en Ubrique (Provincia de Cádiz)". *Estudios de Historia y de Arqueología medievales*, IX, pp. 246-247.

VALDÉS FERNÁNDEZ, Fernando (2001): "La arquitectura militar en al-Andalus. Ensayo de sistematización", en HUERTA HUERTA, Pedro Luis: *La fortificación medieval en la Península Ibérica*. Actas del IV Curso de Cultura Medieval (Aguilar de Campóo, 21-26 de septiembre de 1992), pp. 125-136.

NOTAS

(1) Este artículo está adaptado de uno de los capítulos de una monografía de próxima aparición en la colección *Monumenta Regni Granatensis Historica, serie Archeologicae*, de la Editorial Universidad de Granada (PÉREZ ORDÓÑEZ, e.p.) sobre el patrimonio islámico de la Sierra de Cádiz. Asimismo, un texto similar fue presentado en el *V Congreso Internacional Estudios de Frontera*, celebrado en Alcalá la Real (Jaén) en 2003, y publicado en sus actas (PÉREZ ORDÓÑEZ, 2004).

(2) «Cardela, cuando se le ve por primera vez produce una impresión imborrable de estupor y asombro, que aumenta al contemplarla por el lado norte en su imponente grandeza y en sus vistas inimitables y bellísimas. Cortada a pico por todos sus frentes, sólo tiene una subida difícilísima al NE.» (Fr. SEBASTIÁN DE UBRIQUE, 1945: 44).

(3) Discrepo en este punto con las apreciaciones del profesor Valdecantos (VALDECANTOS DEMA, 1993), quien afirma que no existe contacto directo con Ubrique –cuyo sector más alto del casco antiguo se aprecia perfectamente– y sí con Matrera –cuando realmente no es visible su emplazamiento desde Cardela, aunque se pudieron comunicar indirectamente a través de Iptuci–.

(4) Es el caso de Fray Sebastián de Ubrique (Fr. SEBASTIÁN DE UBRIQUE, 1945: 44 y 46).

(5) Para el Padre Sebastián de Ubrique, esta rivalidad nobiliaria y las luchas de los nobles en la corte impidieron un ataque directo a Ronda, cuyo paso quedaba desprotegido tras la caída de Cardela (Fr. SEBASTIÁN DE UBRIQUE, 1945: 62).

(6) Quien desee visitar el lugar ha de tener en cuenta que se encuentra en una finca de propiedad privada de uso ganadero y que, por tanto, debe pedirse permiso a los propietarios para acceder a ella.

(7) «Las puertas se abren en la cara NE del cerro, orientada la del antemural (sic) al N, (...) y la segunda al E, en recodo.» (VALDECANTOS DEMA, 1993: 269). «(...) Las entradas (...) son en recodo, no tanto por hábito edilicio de los musulmanes como por imposición orográfica (...)» (VALDECANTOS DEMA, 1993: 270).

(8) Discrepo con la opinión del profesor Valdecantos de que Cardela careció de torre del homenaje o principal (Valdecantos Dema, 1993: 274). El mismo autor admite, no obstante, que sobre los aljibes debió existir alguna construcción, pero descarta, incomprensiblemente, la idea de que fuese una torre: «Probablemente en la meseta de los aljibes hubo dos modestas estancias de las que no quedan vestigios, salvo unos ligeros redientes en uno de los muretes de la cara W, que apuntan el arranque de una pared perpendicular, y los abundantes restos de tejas (...)» (VALDECANTOS DEMA, 1993: 268-269). Otro argumento a favor de la existencia de la torre es que en los mapas históricos que he consultado (Archivo Histórico Nacional, sección Nobleza (Toledo), Planos 5/141; ibíd., 7/149) se representa la fortaleza de Cardela con al menos tres torres, que serían la mayor central más la torre albarrana y el gran cubo defensivo de la entrada.

(9) El profesor Valdecantos identifica erróneamente este hueco con un vano, pero sus perfiles irregulares que no denotan la existencia de jambas, arco ni dintel indican que no lo fue, así como su situación a ras de suelo, lo que hace impensable el diseño de una amplia ventana a la altura de los tobillos de un hombre, y menos en una torre defensiva donde sería más lógica la presencia de una estrecha saetera a una altura conveniente (VALDECANTOS DEMA, 1993: 268).

PLANOS Y FOTOGRAFÍAS:

Fig. 1: Vista del emplazamiento de Cardela desde el este.

Fig. 2: Restos de murallas del castillo de Cardela desde el SE.

Fig. 3: Plano topográfico del emplazamiento de Cardela.

Fig. 4: Planta general del castillo de Cardela.

Fig. 5: Planta y sección de los aljibes.